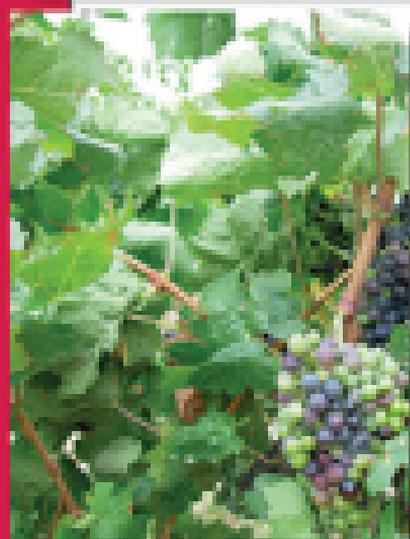
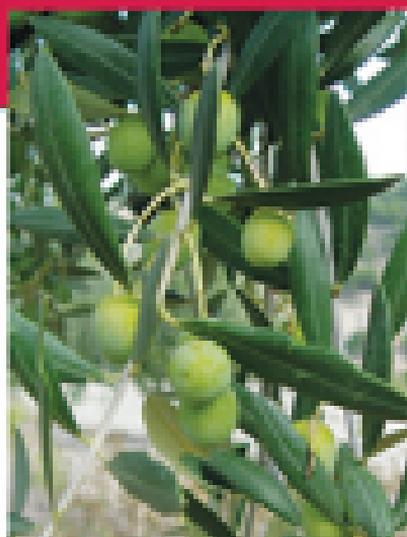
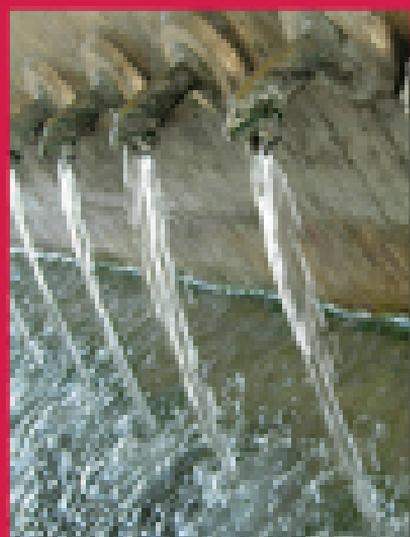


**Jaume Fontbona**

# **Los siete sacramentos**



**Emaús 86**

Jaume Fontbona

# Los siete sacramentos

Colección Emaús 86  
Centre de Pastoral Litúrgica

---

Director de la colección Emaús: Josep Lligadas

Diseño de la cubierta: Mercè Solé

© Edita: CENTRE DE PASTORAL LITÚRGICA  
Nàpols 346, 1 – 08025 Barcelona  
Tel. (+34) 933 022 235 – Fax (+34) 933 184 218  
cpl@cpl.es – www.cpl.es

Primera edición: enero de 2010  
Segunda impresión: octubre de 2014

ISBN: 978-84-9805-393-7  
Depósito legal: B 5496-2010

Printed in UE

Imprime: Ulzama Digital, S.L.



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

## Sumario

Introducción .....	7
¿Qué es un sacramento? .....	7
¿Por qué los sacramentos de la Iglesia católica son siete? .....	10
La clasificación de los sacramentos .....	12
Los sacramentos de la iniciación cristiana .....	13
El Bautismo y la Confirmación .....	15
La Eucaristía .....	24
Los sacramentos del servicio de la comunión .....	36
El sacramento del Orden .....	36
El sacramento del Matrimonio .....	50
Los sacramentos de curación .....	56
El sacramento de la Reconciliación .....	59
El sacramento de la Unción de los enfermos.....	63
El Viático .....	66

---



## Los sacramentos de curación

En las Escrituras y en la Tradición de la Iglesia existe un estrecho vínculo entre el misterio de la pobreza y el misterio del pecado. En el Antiguo Testamento, la pobreza aparece como fruto de la opresión de los ricos y poderosos y del egoísmo humano, y también como *justa pena* por las faltas personales contra la Ley de Moisés. En concreto, el primer libro de la *Ley de Moisés* recuerda que el sufrimiento es una consecuencia del pecado, por tanto, el sufrimiento no es querido por Dios (véase Gn 3). Los libros de los *Profetas* nos sitúan ante *la esperanza*, nos hacen mirar al futuro con los ojos puestos en el pasado; Dios enviará al *Mesías*, su *Siervo*, a fin de liberarnos de todo sufrimiento (véase Is 19,22; 53,4-5; 57,14-21); pero estos mismos libros nos sitúan también ante el *silencio* de Dios (véase Is 63,7-19). Los libros de los *Escritos* nos plantean la crudeza del sufrimiento, el hecho de que el mismo sufrimiento cuestione la propia visión de Dios (¿permanece Dios indiferente?, ¿me está castigando Dios?, ¿Dios me consuela?, ¿me pone Dios a prueba?). Entre estos libros destaca el de *Job*, donde el sufrimiento es una prueba a la fe, a la propia visión de Dios. En cambio, el *Libro de Daniel* presenta la resurrección futura como una victoria sobre la enfermedad (Dn 12,1-2).

En el Nuevo Testamento, la pobreza deja de ser vista como una *retribución* por los pecados personales, incluso por los de los antepasados (Jn 9,2), y es vista como el camino que Dios Padre en su Hijo Jesucristo y con la fuerza del Espíritu escoge para denunciar la insolidaridad y el egoísmo huma-

nos, y enriquecernos con la gratuidad de la *reconciliación* (2Co 5,11-21) y de la *salvación* (Lc 2,11.29-32; Jn 4,22.42; Ef 1,3-14; Tt 2,11; He 2; 1P1,3-12; Ap 7,10; etc).

La consecuencia más radical del pecado de Adán y Eva es la pobreza. Eva es pobre en relación con su Adán y el fruto de su vientre (Gn 3,16), y Adán es pobre en relación con la tierra donde vive (Gn 3,17) y ambos son pobres ante la muerte. He ahí que *pecado* y *muerte* son la gran pobreza de la humanidad. El misterio de la Navidad de Nuestro Señor Jesucristo nos recuerda (el Adviento nos ha preparado sobre ello) que el Hijo de Dios viene a liberarnos del pecado y de la muerte; y el misterio de la Pascua nos recuerda que Cristo nos ha liberado de la pobreza y de la muerte *de una vez por siempre*.

Por otro lado, el Nuevo Testamento destaca el vínculo entre la salud del cuerpo y el perdón de los pecados. Por ejemplo, Mc 2,1-12 (= Mt 9,1-8; Lc 5,17-26); Jn 5,1-14; 9; St 5,14-15. Así vemos que Jesús *perdona* (por ejemplo: Mt 1,21; 26,28) y que Jesús *cura*, retorna la salud del cuerpo, por ejemplo, Mt 4,23-24; 9,35; 12,9-14 (=Mc 3,1-6; Lc 6,6-11); Mc 1,32-34; 3,10; 6,53-56; Lc 4,40; 5,15; 8,2; 13,10-17.32; Jn 6,2.

Jesús se sirve de la imagen del *médico* para curar y perdonar: Mt 9,12-13 (=Mc 2,17; Lc 5,31-32). Jesús da el remedio al enfermo (*salud-salvación*) y al pecador (*perdón-paz*). El evangelio de Lucas revela la identidad y misión de Jesús cuando pone en el mismo plano que Jesús cure y perdone: Lc 7,21.42.43 (usa el mismo verbo: *conceder gracia*). Mas es en el momento de la crucifixión de Jesús cuando Lucas relata que el amor indescriptible del padre misericordioso de la parábola (Lc 15,11-32) se ha realizado en Jesús de Nazaret. Desde la cruz (Lc 23,40-43) Lucas muestra la inmensidad del amor de Jesús, y al mismo tiempo de Dios, por la *escoria* de la humanidad, por los últimos, por los condenados según la ley de la reciprocidad (la justificación por las obras) que domina las relaciones humanas después de la irrupción de la sospecha (Gn 3).

Ciertamente, con los sacramentos de curación, la Iglesia imita el talante de Jesús y, al mismo tiempo, anuncia y hace presente que Jesús cura y perdona, y celebra y saborea que Jesús nos ha librado de una vez para siempre del pecado y de la muerte. La presencia de la paz del Señor resucitado (Lc 24,36, Jn 20,19.21.26) se actualiza en los sacramentos de curación.

Además, el cuarto evangelista relaciona *el don del perdón* con el *don del Espíritu Santo* (Jn 20,22-23) ya que con el perdón nace una nueva vida, la vida que Dios nos ofrece en su Hijo Jesucristo (véase por ejemplo: Jn 3,16-17; 6,40; 20,31). Juan Bautista ya había señalado a Jesús diciendo: *Éste es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo* (Jn 1,29).

La redacción final del cuarto evangelio asume los tres posibles sentidos de la identificación de Jesús con el *Cordero de Dios*, es decir:

1) Jesús, *Cordero escatológico y destructor*, imagen que expresaría probablemente la comprensión original del Bautista, que esperaba *el juicio mesiánico* (Mt 3,7.12; Lc 3,7.17) que destruiría los pecados de Israel;

2) Jesús como *Siervo del Señor* (Is 53), aunque con una peculiaridad notable: mientras el Siervo *cargó sobre él todos nuestros crímenes* (Is 53,4.12), ahora el Cordero *quita* el pecado del mundo:

3) Jesús como *Cordero pascual*: la misión de *quitar* (no sólo *cargar*) el pecado del mundo encaja mejor en la visión pascual de la muerte de Jesús.

Jesús es condenado a muerte el mediodía de la vigilia pascual (Jn 19,14), cuando los sacerdotes degollaban los corderos pascuales en el templo. Este último sentido también aclara mejor el momento de la muerte de Jesús, puesto que mojan sus labios con *hisopo* y una esponja empapada en vinagre (Jn 19,29), y precisamente con *hisopo* y la sangre del cordero se moja el dintel y las dos jambas de la puerta

de las casas (Ex 12,22). *No le quebrarán un hueso* a Jesús (Jn 19,36), como tampoco lo hacen con el Cordero pascual (Ex 12,46). He ahí que la misión de Jesús no consiste, pues, en destruir los pecados individuales del pueblo de Israel, sino en acabar con la soberanía del pecado.

Aquí y ahora, el *don* del perdón de los pecados y de la salud se actualiza en la Iglesia y en el mundo por el sacramento del Orden, anunciando y haciendo presente la salvación que el Hijo ha recibido del Padre (Jn 3,17).

### **El sacramento de la Reconciliación**

Cada vez que celebramos el sacramento de la Reconciliación o del Perdón o de la Penitencia *hacemos presente y anunciamos la reconciliación* que Dios Padre actúa, en Cristo por el Espíritu Santo, en la Iglesia (2Co 5,19), y que el *mundo nuevo* inaugurado se abre paso (2Co 5,17). Precisamente dos rasgos esenciales del mundo nuevo son el perdón de los pecados y la paz.

Cada vez que lo celebramos *confesamos* el amor misericordioso de Dios, no tanto nuestros pecados personales. Las *Orientaciones doctrinales y pastorales* del episcopado español sobre el sacramento de la Penitencia, con motivo de la publicación en las diócesis de España del *Ritual de la Penitencia* (edición típica 1973), dicen:

La absolución sacramental es el signo decisivo y fundamental de la reconciliación y la profesión de fe de la Iglesia en el sentido de su acción, tal como Cristo se la ha confiado [...]. La valoración de este rito se puede hacer subrayando el carácter de gratuidad del perdón de Dios, y la necesidad absoluta de la absolución para celebrar el sacramento, incluso cuando no ha habido confesión oral individual. Una buena catequesis sobre estos puntos será la mejor manera de conseguir que, en el sacramento, predomine el tema de la reconciliación sobre el tema de la confesión de los pecados (n. 63).

La confesión individual tiene que ser explicada y reali-

zada más como una expresión personal y concreta de la conversión (“soy pecador en tal y cual cosa..., y de esto quiero convertirme”) que como una información dada al confesor (“He hecho tal y tal cosa...”) (n. 64).

En consecuencia, en el sacramento del Perdón, la Iglesia anuncia y hace presente la visita de Dios en Jesús, que concede el don del perdón para crecer en el amor. Tenemos un ejemplo en la parábola que Jesús explica en casa de Simón ante la pecadora que le lava los pies:

“Un prestamista tenía dos deudores: uno le debía quinientos denarios y el otro cincuenta. Como no tenían con qué pagar, los perdona a los dos. ¿Cuál de los dos lo amará más?” Simón contestó: “Supongo que aquel a quien le perdonó más” (Lc 7,41-43).

Cuando celebramos el sacramento del Perdón recordamos un único y al mismo tiempo doble hecho, o sea, sólo el *amor* de Dios perdona el pecado y la recomposición de la *comunión eclesial*. Brevemente, el fruto que emana del sacramento es la reconciliación con Dios Padre (CCE 1460) y con la Iglesia (CCE 1469). Y eso se significa con el gesto de la imposición de las manos y las palabras de absolución que, en la forma breve de la Iglesia latina, dice:

Dios, Padre misericordioso, que reconcilió consigo al mundo por la muerte y la resurrección de su Hijo y derramó el Espíritu Santo para la remisión de los pecados, te conceda, por el ministerio de la Iglesia, el perdón y la paz. Y yo te absuelvo de tus pecados en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Por la recepción del sacramento del Perdón se nos sitúa ante el juicio de Cristo al final de los tiempos (Mt 25,31-46), donde el amor dado (Mt 25,40) o sin dar (Mt 25,45) es la clave para entrar en la comunión con Dios y con los pobres y entre nosotros. Es el momento para ser *reconocidos* hermanos por el Hijo (Mt 25,40) e hijos por el Padre (Lc 15,24). En efecto, la recepción del sacramento de la Reconciliación otorga como don el *perdón* y la *paz*, pero también el mismo amor de Dios, manifestado plenamente en su Hijo Jesucristo.

Y lo que importa realmente es confesar el amor de Dios. Cada sacramento es como una caricia del amor de Dios, a través de unos signos sensibles y de unas palabras. Así pues, en el sacramento de la Reconciliación, confesamos y celebramos el perdón y la paz que Dios nos regala por Cristo y el Espíritu en la Iglesia. Juan Pablo II, en la Carta del Jueves Santo del 2002 a los sacerdotes, apuntaba que el ministro del perdón, encarnando para el penitente el rostro de Buen Pastor, expresa la misericordia previa de Dios y el perdón que cura y da paz.

La Iglesia, aunque haya introducido elementos jurídicos o penales a lo largo de la historia del sacramento de la reconciliación, haciéndola más parecida a un proceso judicial o penal que a una proclamación del amor misericordioso del Padre, ciertamente manifestado en la muerte y resurrección de su Hijo y en la donación de su Espíritu, no ha olvidado los elementos medicinales y curativos del sacramento. Por eso no ha dejado de presentar al obispo, o a sus colaboradores presbíteros en comunión con él, como imagen de Jesús *médico* y reflejo del amor misericordioso de Dios Padre cuando impone las manos al pecador arrepentido y lo absuelve. Ahora bien, no sólo lo ha presentado como imagen del *buen pastor* que busca la oveja perdida (Mt 18,12-14), sino también como imagen del *buen samaritano* que cura las heridas (Lc 10,33-35), de *padre bueno* que corre al encuentro de su hijo perdido que vuelve a casa y lo acoge con alegría (Lc 15,20-24), de *padre generoso* que acoge al último como al primero (Mt 20,15), de *juez justo* que discierne el amor dado o dejado de dar (Mt 25,40.45).

### *Las parábolas del amor misericordioso de Dios manifestado en Jesús*

En el tercer evangelio hay una magnífica página que narra el amor de Dios manifestado en Jesús. Amor que confesamos y celebramos, ciertamente, en el sacramento del Perdón. Así, en Lc 15, Jesús cuenta tres parábolas a

los que lo rechazan como portador de la salvación de Dios, también a los excluidos (15,2). Y no cuenta ningún cuento, sino que se identifica con el pastor, con la mujer y con el padre, que buscan, encuentran y salvan lo que está perdido (oveja, moneda, hijo). Jesús anuncia y hace presente (identificándose con el mensaje) la inmensa alegría de Dios por los pecadores *reencontrados* o *vueltos a la vida*. Las tres parábolas de Lc 15 ilustran un idéntico proceso, concretamente:

- 1) hay algo perdido (una oveja, una moneda de plata, un hijo);
- 2) lo perdido es buscado con atención y cuidado o es acogido con amor;
- 3) hay fiesta por el reencuentro con lo perdido.

Una fiesta que expresa tanto la alegría del Padre como la de la Iglesia: *Deberías alegrarte, porque este hermano tuyo estaba muerto y ha revivido; estaba perdido, y lo hemos encontrado* (Lc 15,32). Dios y la Iglesia son los que lo han encontrado y por esto lo celebran juntos, concediendo al *perdido* el lugar de honor (*el mejor traje*), la dignidad (*el anillo*) de hijo, pero también de hermano, y la libertad (*las sandalias*, los esclavos iban descalzos).

Entenderemos mejor el tejido lucano si prestamos atención a los que escuchan a Jesús. Jesús se dirige no sólo a los *enterados*, que miran mal a quien acoge a los que legalmente están excluidos, sino también a *los de casa*, que tienen envidia del perdido y acogido con amor (Lc 15,27-28) y que, además, creen conocer al Padre y por esto protestan cuando hace lo contrario de lo que pensaban que haría (Lc 15,29). Los dos hijos hacen lo que se espera de ellos. El pequeño vive sin el padre y el mayor no reconoce a su hermano; en cambio, el padre sorprende: no reprocha nada y abraza y besa al pequeño que vuelve porque encuentra a faltar el pan de su padre, y ayuda al mayor a valorar lo que comparten. También sorprende el pastor que se arriesga por una sola oveja, y la mujer que invita

a participar de su alegría. Sólo el amor del padre por los dos hijos hace posible la alegría de la comunión reencontrada. El banquete celebra el amor inagotable del Padre y la comunión restablecida, y es figura del banquete del Reino, que degustamos en la Eucaristía, donde acogemos el amor de Dios manifestado plenamente en Jesús y donde el *hermano mayor* acoge al *hermano menor*.

He ahí que, con una *imagen*, Jesús revela el amor inagotable de su Padre, que también es nuestro Padre. Esta imagen del Padre camina con Jesús. El amor del padre de la parábola se ha hecho realidad en Jesús. El relato invita al oyente a descubrir este amor y fundamentar en él la fe, así como a reconocerse en la oveja, la moneda y el hijo perdidos y vueltos a encontrar. Así responde Jesús a la pregunta que le dirigía un desconocido (Lc 13,23), en el camino de la fe (Lc 9,51—19,44): *¿Señor, serán pocos los que se salven?* El “perdido” se salva, para eso Jesús ha venido.

En resumen, cada vez que celebramos el sacramento de la Reconciliación, celebramos la inmensa alegría de sentirnos amados por Dios, a pesar de todas nuestras debilidades y errores. Amor que acogemos en la fe de la Iglesia en la *absolución sacramental*, y que queremos que dé fruto en la satisfacción penitencial, signo del arrepentimiento en el que ya actúa la conversión; es decir, el compromiso de ir a más en el camino del amor, teniendo como imagen a la pecadora perdonada en el evangelio de Lucas (Lc 7,44-50), de la que Jesús se despide con estas palabras: “*Tu fe te ha salvado, vete en paz*” (Lc 7,50).

## **El sacramento de la Unción de los enfermos**

En la Escritura descubrimos la actitud sorprendente de Dios ante el sufrimiento. Por un lado lo combate (es un escándalo), y por otro lo permite (la victoria sobre el sufrimiento pasa por el mismo sufrimiento: la cruz de Cristo es la victoria definitiva).

La enfermedad es como una *serpiente venenosa* que se puede convertir en instrumento de vida cuando se le extrae el *veneno* y se transforma éste en *medicina*. Dios Padre nos da a su Hijo y a su Espíritu para que extraigan el “veneno” y lo conviertan en “medicina”. La Iglesia lo confiesa y celebra con el sacramento de la Unción de los enfermos.

Enfermedad y sufrimiento, como acontecimientos históricos, también son ocasión de una *visita* del mismo Señor. El Señor visita a la persona humana en cualquier circunstancia histórica, también pues en la enfermedad y en la soledad del sufrimiento. Y esta visita posibilita el encuentro con el Señor resucitado, que otorga el *don de la paz* (ver Lc 24,36; Jn 20,19.21.26), es decir, la salvación; pero también aparece como una oportunidad para crecer en el amor y en la fe, así como para descubrir a Jesús en los demás (como por ejemplo Zaqueo, que busca a Jesús y encuentra a los demás en Jesús: Lc 19,8). Los otros también son aquellos a los que muchas veces no damos importancia o ignoramos. El cristiano ordenado, es decir, aquel que ha recibido el don del Espíritu Santo por la ordenación, expresa (anuncia y hace presente) sacramentalmente esta visita del Señor.

De entrada, observemos que una cosa es decir que el sufrimiento puede ser ocasión para ahondar en nuestra condición humana (débiles y frágiles como somos) y en nuestra relación con Dios; y otra, muy diferente, es decir que Dios “programa” el sufrimiento del hombre para enseñarle y conducirlo por su camino, o para que se cumpla su voluntad. Las relaciones entre Dios y el creyente no se deben situar en el nivel de la culpabilidad, sino en el de la comunicación y la contemplación (ahora y aquí en la oración y en los sacramentos).

El sabio que escribe el *Libro de Job* nos ayuda a reflexionar que toda persona humana, una u otra vez, se han de enfrentar al problema del mal y que, a la vez, en esta lucha contra el mal, la persona se reconoce frágil y débil. Hay que recordar que este sabio escribe “un poema” a partir de su experiencia de Dios. Y desde esta experiencia se da cuenta

de que ni él (representado por Job) ni Dios se reconocen en el “sistema de retribución”, es decir, “donde las dan las toman”, o bien, dicho de otra manera, si has cometido algún pecado, tú o los tuyos, se pagan sus consecuencias. Más concretamente, hay alguien (¿puede ser Dios?) que *retribuye* los actos de cada uno: con sufrimiento y mal si no lo haces bien, con alegría y felicidad si lo haces bien.

En la afirmación de Jb 42,5: *Te conocía sólo de oídas, ahora te han visto mis ojos*, Job da a entender que ha comprendido, aunque no nos dice qué. Job se ha dado cuenta de que la imagen de Dios que le ofrecían sus amigos y su entorno no se correspondía con la realidad. Ciertamente, los caminos de Dios no son los caminos de los humanos.

Cada vez que celebramos la Unción de los enfermos recordamos (anunciamos y hacemos presente) que Dios cura y salva a quien está enfermo, como hacía Jesús (Mt 11,5; Lc 7,22). El Señor resucitado, por la acción del Espíritu Santo en la Iglesia, cura a los enfermos por la imposición de las manos y la unción de sus enviados (Mc16,18; St 5,14-15). Con el sacramento de la Unción de los enfermos, pues, anunciamos y hacemos presente el amor de Dios y la llegada del mundo nuevo (Ap 21,1-22,5).

El sacramento de la Unción de los enfermos recuerda que Dios está cerca de los que sufren y lo invocan; está cerca del que sufre en soledad. En este sacramento se significa la comunión entre todos los santos ante la soledad del dolor y de la muerte. Este sacramento hace presente y anuncia el consuelo de Cristo (2Co 1,5) y la solidaridad de la Iglesia (1Co 12,26). En este sacramento entra en juego el amor solidario entre todos y todas los que forman la *comunión de los santos*, como miembros del único Cuerpo de Cristo.

Dios Padre, por su Hijo, envía a la Iglesia a curar a los enfermos (Mc 6,12-13). Cada vez que celebramos la Unción de los enfermos confesamos la visita de Dios en su Hijo Jesucristo que salva y cura a toda la persona (cuerpo y alma inseparablemente). En definitiva, anunciamos y

hacemos presente que Jesús resucitado ayuda al enfermo o al que sufre con la *gracia del Espíritu Santo* (CCE 1513). Pero también que, al final, Dios *enjugará las lágrimas de sus ojos. Ya no habrá muerte, ni luto, ni llanto, ni dolor* (Ap 21,4). En concreto, cuando el presbítero, o el obispo, unge al enfermo en la frente y en las manos con la fórmula sacramental expresa muy bien su finalidad:

Por esta santa Unción y por su bondadosa misericordia te ayude el Señor con la gracia del Espíritu Santo. Amén.  
Para que, libre de tus pecados, te conceda la salvación y te conforte en tu enfermedad. Amén.

El sacramento de la Unción de los enfermos expresa el abrazo tierno y lleno de amor del Señor resucitado que alivia los sufrimientos y concede la fuerza del Espíritu Santo para superar las dificultades de la enfermedad. En efecto, el Espíritu Santo concede *una gracia de consuelo, de paz y de ánimo para vencer las dificultades propias del estado de enfermedad grave o de fragilidad de la vejez* (CCE 1520).

La gracia del Espíritu Santo lleva a la recuperación de la salud del cuerpo y otorga el perdón de los pecados, dones del Resucitado (Jn 20,19-23). Esta *gracia* recibida del Espíritu Santo es eclesial (CCE 1522), porque sitúa al enfermo en solidaridad con todo el cuerpo de Cristo (1Co 12,26), lo sitúa bajo la intercesión de todos los santos, y bajo la protección de todos los santos es preparado, llegado el momento, para el último paso (CCE 1523). Esta misma gracia que recibe el enfermo lo une a la pasión de Cristo (CCE 1521), y por tanto, participa de la comunión de todos los santos con el Señor sufriente y glorificado. En otras palabras, este don particular del Espíritu Santo otorga esperanza de fe y de amor ante la muerte.

## El Viático

La Iglesia recuerda, por una parte, que tenemos tres sacramentos que nos insertan en el Cuerpo de Cristo porque caminamos en este mundo con los pies puestos en el mundo

divino, sabiendo que nuestra humanidad ya está sentada a la derecha del Padre en Jesús muerto y resucitado. Y, por otra parte, que tenemos tres sacramentos que nos sitúan allí donde ya tenemos los pies. El *Catecismo de la Iglesia católica* lo dice de otra manera, ciertamente mejor.

Así como los sacramentos del Bautismo, de la Confirmación y de la Eucaristía constituyen una unidad llamada *los sacramentos de la iniciación cristiana*, se puede decir que la Penitencia, la Santa Unción y la Eucaristía, en cuanto viático, constituyen, cuando la vida cristiana toca a su fin, *los sacramentos que preparan para entrar en la Patria* o los sacramentos que cierran la peregrinación (CCE 1525).

El Viático es la *puerta sagrada*, el Cristo, que nos hace pasar de la muerte a la vida. Jesucristo mismo nos dice: “El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día” (Jn 6,54).

El Viático es, pues, el sacramento, el signo visible y eficaz, del paso de este mundo al Padre (cf. Jn 13,1), el momento de ser llevado al cielo (cf. Lc 9,51). Pablo dice que Jesucristo es la *puerta sagrada* en sustitución de la cubierta del Arca de la Alianza (cf. Lv 16,15-25) que traducimos, por su función, en *instrumento de expiación*. Dios constituye a su Hijo en *puerta sagrada* (cf. Rm 3,25), en acceso definitivo al mundo divino, para todos y todas. Ahora y aquí, *el instrumento de expiación* (en latín el *propitiatorium*; en lenguaje sacramental, *la puerta sagrada*), el lugar peculiar de la presencia de Dios (Lv 16,2), continúa en Jesucristo, pero esencialmente nuevo. Por eso la Iglesia no ha negado nunca el hecho de morir sacramentalmente con Cristo y así poder pasar con Cristo de este mundo al Padre.

El Viático nos hace degustar la eternidad del amor de Dios manifestado en Jesús, y nos convierte en uno solo en Cristo.

El cáliz de la bendición que bendecimos, ¿no es comunión con la sangre de Cristo? Y el pan que partimos, ¿no es comunión con el cuerpo de Cristo?. El pan es uno, y

así nosotros, aunque somos muchos, formamos un solo cuerpo, porque comemos todos del mismo pan (1Co 10,16-17).

Tal como hay una primera comunión también hay una última: dejar que el Cordero de Dios, que ha vencido al pecado y la muerte, entre en mi casa y me ofrezca la salvación, la comunión definitiva con Dios y con los pobres y entre nosotros.

En el momento de la muerte resuenan las palabras o el canto del salmo 23 (22):

El Señor es mi pastor [...] en verdes praderas me hace recostar, me conduce hacia fuentes tranquilas [...] Me guía por el sendero justo, por el amor de su nombre. Aunque camine por cañadas oscuras, nada temo, porque tú vas conmigo [...] Preparas una mesa ante mí [...] me unges la cabeza con perfume, y mi copa rebosa. Tu bondad y tu misericordia me acompañan todos los días de mi vida, y habitaré en la casa del Señor por años sin término.

El Viático es signo eficaz e instrumento de este paso, de este acompañamiento, de esta sentada en la mesa con el Señor, de esta entrada en su casa por siempre.

El momento de la muerte me sitúa ante el bautismo recibido y renovado cada año en la Vigilia Pascual. En efecto, si estamos unidos a Cristo como Crucificado, estaremos unidos con él como Resucitado. La *muerte con Cristo* (liberados del pecado y de la muerte) implica la *resurrección con él*, la vida por siempre. El acontecimiento de la muerte y la resurrección de Cristo fundamenta el acontecimiento de nuestra muerte y resurrección (cf. Rm 6,5-10). Y el Viático es la expresión visible de ello.

El *Ritual de la Sagrada Comunión y del Culto a la Eucaristía fuera de la Misa* nos recuerda que el fin primero y primordial de la reserva de la Eucaristía fuera de la misa es la administración del Viático (n. 5).

Y el *Catecismo de la Iglesia Católica* nos explica: “A los que van a dejar esta vida, la Iglesia ofrece, además de la

Unción de los enfermos, la Eucaristía como viático”. Y, añade, “la Comunión del Cuerpo y la Sangre de Cristo tiene una significación y una importancia particulares. Es semilla de vida eterna y poder de resurrección, según las palabras del Señor” (CCE 1524)

El obispo diocesano, con los presbíteros, los diáconos y los responsables de la pastoral de la salud de las diversas parroquias y centros hospitalarios tiene la responsabilidad de velar para que ningún bautizado se quede, en el momento de abandonar esta vida mortal, sin el gran don del Viático, la degustación del *pan del cielo*, de la *medicina de la inmortalidad*.

La comunión con la Carne de Cristo resucitado vivifica nuestra vida mortal y nos da vida plena, nos abre la puerta de la comunión con los santos. Llega el momento de saborear la finalidad última de la Eucaristía: la comunión con el Hijo y con el Padre y con los pobres en la unidad del Espíritu Santo, y la comunión entre todos y todas los que somos del Cristo por el Espíritu. Una degustación de eternidad que abre a la eternidad del amor. *Hoy estarás conmigo en el paraíso* (Lc 23,43), le recuerda Jesús al creyente.

Hay un momento antes de ser engullido por la muerte, en que es posible poder acoger el gran don del Viático, signo de la victoria sobre la muerte. El instante de acoger la mano de Cristo que nos acompaña en el paso de este mundo al Padre, que nos conduce a la casa del Padre por siempre. Este instante señalado y emotivo de dar el paso a través de la puerta sagrada está bien hacerlo acompañado, acompañado por la familia de los hijos e hijas de Dios, la Iglesia (cuerpo de Cristo), así como de los familiares y amigos más allegados.

Cualquier cristiano o cristiana que se encuentre ante un bautizado o bautizada que esté, o lo parezca, a punto de abandonar esta vida mortal, ha de ofrecer esta puerta, el Viático, que conduce al encuentro definitivo con el Padre y con todos los santos. Pienso especialmente en aquel cristiano

o cristiana que está al cuidado de un enfermo en casa o en el hospital, sea o no familia, aquel cristiano voluntario o cristiana voluntaria que visita enfermos, aquel animador o animadora de la pastoral de la salud, aquel o aquella que se encuentra ante un familiar cercano a las puertas de la muerte. El concilio de Nicea (325 dC) ya invitaba a no privar del Viático “último e indispensable” a toda persona cristiana que esté a punto de abandonar esta vida mortal (cf. canon 13).

Cuando se intuye que ha llegado la hora de pasar de este mundo al Padre (cf. Jn 13,1) es el momento de celebrar el Viático, también y mejor si es dentro de la misa celebrada en la propia casa del enfermo. Cuando el enfermo no puede tomar el Viático bajo la especie del pan, entonces, si se ha celebrado la misa, se puede administrar al enfermo bajo la sola especie del vino (cf. CIC 925). El Ritual ofrece la posibilidad de celebrar la Penitencia, la Unción y el Viático de manera seguida para los casos de grave y súbita enfermedad.